

COMEDIA

EN DOS ACTOS

TITULADA:

¡LO QUE PUEDE UNA ELUSION!

original de D. Francisco Rueda,

REPRESENTADA POR PRIMERA VEZ

en el

Teatro Principal

DE PUEBLA.



IMPRESA EN EL PORTAL DE FLORES.

1842.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON

Biblioteca Valverde y Tollez

Biblioteca Universitaria

40442

07297

R81

6

442

PQ7297

.R81

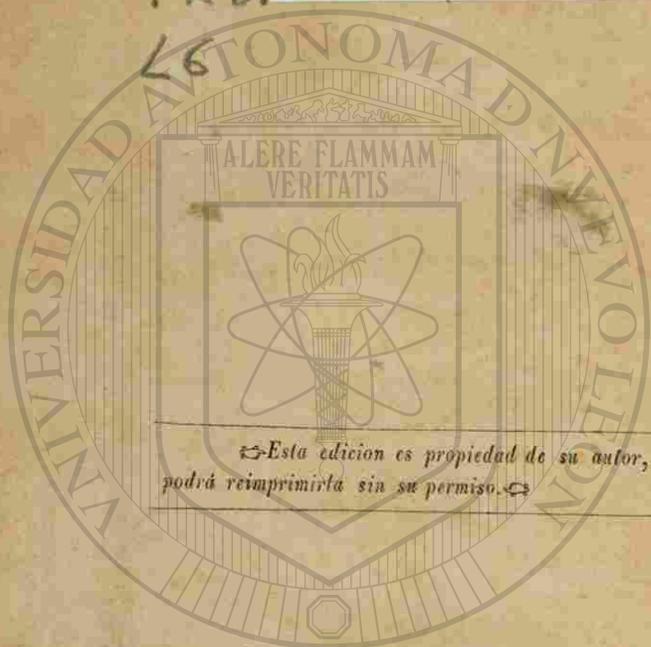
L6

412

PQ7
.R8



1080019392



Esta edición es propiedad de su autor, y nadie podrá reimprimirla sin su permiso.



FONDO EMETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



PERSONAJES.

MATILDE.....	D. ^a Inocencia Martinez.
BRIGIDA.....	D. ^a Maria Martinez.

ACTRICES.

ACTORES.

EDUARDO..	D. Bruno Martinez.
CARLOS.....	D. Julian Arias.
MANUEL (criado.).....	D. Amado Alarcon.



La escena pasa en una quinta ó rancho en las inmediaciones de
Atilaco.



El Teatro representa una sala sencillamente adornada al estilo de una casa de campo, en el fondo una puerta que conduce al interior. Además dos puertas laterales, á la derecha en el primer término, una ventana con cortina; y en segundo á la izquierda, un costurero.



003132



ACTO 1.

ESCENA I.

MATILDE, BRIGIDA Y CARLOS.

Aparecen aquellas sentadas al lado de un costurero, haciendo alguna labor, y éste paseándose por el prosenio.

BRIGIDA.—[A Carlos.] Creo, si no me engaño, haberte oído decir el otro día que habías recibido carta de Puebla, ¿no es verdad, querido Carlos?

CARLOS.—(Aparte.) ¡Pardiez qué tenacidad! (en voz alta) Si señora, se lo habré dicho como unas veinte veces. La carta llegó antes de ayer á Puebla, y mi esposa ha tenido cuidado de remitírmela aquí á Atlixco: me parece que ahora quedará vd. bien informada.

BRIGIDA.—Sí, sí, no soy tan sorda como tu me consideras... Yo lo que quiero saber es el contenido de la referida carta.

CARLOS.—(Aparte.) (¡Voto al diablo! cuando digo que es menester una paciencia...) Bien, bien, aunque viene bastante lacónica, no obstante es lo suficiente para formar una idea del pretendiente de mi cuñada Matilde.

BRIGIDA.—Pero dime, Carlos ¿y ese jóven será de los del día, en los que no se encuentra sino una vana exterioridad?

CARLOS.—¡Qué disparate! No señora, es un jóven digno del mayor aprecio.

MATILDE.—(Aparte.) ¡Qué memoria tiene mi pobre tia!

CARLOS.—Ya me lo imaginaba yo, sí, es el bizarro Eduardo, mi antiguo camarada del colegio de minería; y en verdad, querida Matilde, que semejante partido no deja de ser ventajoso.

BRIGIDA.—Sí, pero hasta ahora estoy en ayunas de todo cuanto la carta dice.... Tú no quieres hacerme el favor.....

CARLOS.—¡Cómo! (sacando la carta) Es muy justo! (aparte) aunque desde esta mañana que la recibí no me ocupo en otra cosa. (leyendo) ¡Hola! parece que viene dirigida á mí. „Querido Carlos te servirás decir á la señora doña Brígida, que mis sentimientos respecto á la encantadora Matilde, son los mas sinceros, que solo espero, para llevar al cabo mis intenciones una palabra suya, su consentimiento en la tal boda.”

BRIGIDA.—¡Es posible! ¿es Eduardo quien habla así!

CARLOS.—(Aparte) ¡Jesus me valga! Si señora, es Eduardo, es el jóven que solicita la mano de Matildita.

BRIGIDA.—Das unas voces tan descomedidas; así, así, como si fuese sorda: te entiendo demasiado.

MATILDE.—Mi tia tiene razon.... grita vd. tanto....

CARLOS.—Ya, pero....

BRIGIDA.—Ea! proseguid, proseguid.

CARLOS.—Veamos donde quedé.... hum.... hum.... ¡Ah! „su consentimiento en la tal boda. Ya tu sabes que cuento con un capital muy decente, noventa mil ps....

BRIGIDA.—¡Santos cielos! Con que el señor Eduardo posee noventa mil pesos.

CARLOS.—Cáspita! Parece que vá perdiendo la sordera.... ¡Ah! el dinero hace prodigiosos milagros!

BRIGIDA.—Además creo es una persona de una educacion esmerada, ¿no es cierto, Carlos?

CARLOS.—Si señora, y sobre todo una dote de noventa mil pesos....

BRIGIDA.—Al momento sale este guajolote, con sus chocareras majaderias. A propósito de boda: dime Matildita, tú consentirias?....

MATILDE.—Yo, tia mia, si me es permitido la franqueza, dígame que el señor Eduardo será muy santo y muy bueno, pero no me parece justo que una muger.....

BRIGIDA.—Qué muchaacha?

MATILDE.—Deba sacrificar sus inclinaciones en las aras del vil interes, tanto mas, cuanto que para este proyecto de enlace no han precedido los requisitos indispensables. ¿Cómo quiere vd. que su sobrina se conforme á dar la mano de esposa á un hombre, que no conoce y por quien no siente el menor amor, y que no sabe si su figura acaso....

CARLOS.—Oh! por lo que hace á eso, puedo asegurar á vd. que luego que vea á Eduardo, se le desvanecerán todos esos infundados temores, sí, es un arrogante jóven, el Narciso de la fábula;.... pero hablemos de otra cosa, dígame vd. Matildita, si tuviese que vacilar en la eleccion de Eduardo y la mia, por cuál de los dos se decidiria?

MATILDE.—Yo....

CARLOS.—Es en vano que vd. me lo oculte, sus hermosos ojos me dicen que fijaria en mí su eleccion, ¡ah! no es extraño que habiendo formado la naturaleza dos seres tan idénticos entre sí, como son vd. y su hermana, no les haya dado igualmente los mismos gustos y caprichos; sí, son vdes. tan parecidas que es fácil equivocarlás: ese chulo mirar, esos lábios de carmin, todo, todo, hasta el metal de voz. Y si no el otro dia, creyendo ver la imágen de mi querida esposa, la he llamado por su dulce nombre, Luisa, Luisa, decia yo, llevado de tan quimérica como

agradable ilusion. ¡Ah! todo esto parece probarme que no seria repulsado, dado caso que aspirase á tan feliz himeneo.

MATILDE.—Veo que V. se olvida....

CARLOS.—Que soy casado, no es verdad?

MATILDE.—No es esto lo peor, sino que su muger es un tesoro.....

BRIGIDA.—Si vieras Carlos, estoy hecha un mar de confusiones y no adivino como....

CARLOS.—*(Aparte y registrándose el bolsillo.)* (Vamos) Esto quiere decir en buen castellano que vuelva á leer la carta?

BRIGIDA.—No hombre, digo que....

CARLOS.—Que está V. hecha un mar de confusiones y no adivina como....

BRIGIDA.—Cómo tu amigo Eduardo sin haber visto nunca á Matilde se atreve á solicitar su mano?

CARLOS.—La solucion de este enigma es bastante clara; talvez la habrá visto en alguna parte y....

BRIGIDA.—Sí, porque de otro modo no comprendo *(levantándose)* pero vamos, Matildita, tu por tu parte no dejarás de conocer que este proyecto acarrearía....

MATILDE.—Sí, mi eterna desgracia. *(levantándose)* Es cosa singular! hará como un mes que mi tia recibe una carta de una persona, cuyo nombre le es desconocido, el señor Eduardo. La carta únicamente contenia cuatro líneas, como la de hoy, y en ellas se reducía á pedir mi mano. *(á Carlos)* Vd. desde luego toma un calor por un nombre que acaso le recordará algun conolega, obligando á mi tia á que coadyuve este enlace; pero no, vive Dios que no se han de salir con la suya. Sabré oponer fuertes obstáculos para eludir todos sus conatos de especulacion, y si llegase á venir he de hacer todo lo posible porque no me vea.

BRIGIDA.—Bien, bien, hija mia, no pienses que trato de violentar tus sentimientos, coactando tu voluntad, tengo bastante esperiencia y estoy segura que una muger sin amor es una roca inexpugnable, además que como supongo, te encontrarás bien á mi lado....

MATILDE.—Sí, tia mia, no quiero abandonarla en el último periodo de su vida.

BRIGIDA.—Considero muy justas tus deferencias, con las que veo procuras pagarme los sacrificios que he hecho tanto por ti como por tu hermana.... pero te prevengo una cosa y es, que cualquiera que sea el resultado del consabido proyecto, no reveles á nadie el secreto de que solo los tres somos partícipes.

ESCENA II.

LOS MISMOS Y MANUEL.

MANUEL.—*(Entrando.)* Perdone vd. señora Brigida, acaba de llegar un señor que, segun dice, quiere hablar con vd.

CARLOS.—Si fuese Eduardo?

BRIGIDA.—Chit.... tú lo conoces? te ha dicho quién es? su nombre.... su nombre....pronto.

MANUEL.—*(Con misterio.)* Yo, señora, no.... lo conozco, aunque me parece que es el pretendiente de la señorita Matilde.

CARLOS.—*(Aparte)* Bravo! esto de fiar en secretos!

BRIGIDA.—Mira bribonazo, y por dónde sabes tú que mi sobrina Matilde espera á su pretendiente? espícale cernicalo.

MANUEL.—*(Aparte)* ¡Qué simplon me hace la señorita, de atiro! Yo, como la niña es tan jóven, y luego tiene un estado, en que ninguna de estas cosas son estrañas. Además de que no hay como barrer las puertas para pescar y enterarse de los mayores secretos.

BRIGIDA.—Bueno! bueno! pillastron, te prometo que te lie de quitar esa maldita maña de escuchar en las puertas lo que no te importa.

MANUEL.—Ah! no, no volveré á hacerlo por vida de quien es vd.

BRIGIDA.—Está bien, allá veremos. Anda y dí á ese señor que pase adelante; pero antes quiero saber su nombre, su nombre.

MANUEL.—Creo que es el niño don Eduardito.

BRIGIDA.—Cómo! Eduardito? estás cierto?

CARLOS.—No hay duda, él es, vuelo á su encuentro.

BRIGIDA.—*(Deteniendo á Carlos)* No, *(á Manuel)* hasle entrar en el instante, en el momento.

(sale Manuel)

MATILDE.—Sería conveniente que Carlos le diera alguna conversacion, mientras nos arreglamos un poco, estamos tan desaliñadas...

CARLOS.—Me parece muy bien, sí, andad.

LAS DOS.—Nos vemos, eh? nos vemos.

CARLOS.—Sí, sí, nos vemos.

ESCENA III.

CARLOS SOLO.

Ah! cuanto me alegro tener el gusto de volver á ver á mi querido Eduardo, oh! nunca podré olvidar que le soy deudor de importantes servicios. Calla! siendo pasos, él es sin duda, sí, aquí está.

ESCENA IV.

CARLOS, EDUARDO. *(acompañado de Manuel.)*

EDUARDO.—Cielos! es ilusion? tú aquí amado Carlos?

CARLOS.—Sí, yo soy, aunque algo desfigurado, ya sabes el aire puro del campo....

EDUARDO.—Es muy salútfiero.

CARLOS.—No hay duda.

EDUARDO.—Oh! qué encuentro tan propicio! Aunque no estaba seguro de poder hallarte aquí, sabía tu paradero y que en Puebla habias abjurado el celibato.

CARLOS.—Qué quieres? hay una época en la vida del hombre, que todas las ilusiones fenecen y el amor conyugal....

EDUARDO.—Se hace una necesidad, pero no veo un motivo, querido Carlos, para que los amigos se olviden de ese modo sin escribirse.

CARLOS.—Es verdad, pero bien sabes que se olvidan á veces, cuando uno es casado, por prudencia, por no dar que decir á la sociedad.

EDUARDO.—A no ser que la muger sea algun ángel de nieblas.

CARLOS.—Entonces el diablo que pare á su lado; pero tengo la satisfaccion de encontrarme en el caso contrario.

EDUARDO.—Luego tu muger es bonita.

CARLOS.—Mas que una Magdalena del pincel de Murillo, encantadora, en fin, Poblana, y con esto creo está dicho todo.

EDUARDO.—Es mucha verdad; pero ocupémonos de lo que mas me interesa, de Matildita.

CARLOS.—A propósito, amigo mio, yo desearia que me sacases de la penosa incertidumbre en que me encuentro, sí: aunque he procurado paliarla delante de la señora Brigida, no obstante me admiro mucho de que estés enamorado de Matilde, á quien nunca has visto, ni hablado.

EDUARDO.—Precisamente es porque la he visto. ¡Ah! tú no sabes: este amor trae á mi memoria funestos recuerdos.

CARLOS.—Y cómo puede ser eso, cuando me consta que Matilde hay tres años falta de Puebla? ↵

EDUARDO.—Sí, es verdad, pero tú ignoras que en esa época me hallaba yo allí, en ese delicioso país en donde no es posible vivir sin amar, y fué donde quiero decir ví á la seductora Matilde, hermosa como la imágen de la divinidad y fresca como una rosa de Abril. Estaba entónces en casa de la señora Fermina, íntima amiga de tia, esa venerable anciana que tanto la queria. Durante los felices días que pasé á su lado, tuve motivos para persuadirme de que nuestro amor era recíproco.

CARLOS.—Ah! la bribonzuela nunca me ha dicho nada.

EDUARDO.—No es extraño, querido Carlos, hay cosas que una muchacha sepulta en su pecho las mas veces por justos rezelos, ya puedes comprender, (*aparte*) (si estoviese al corriente de todo, estoy seguro comprenderia mejor). Poco tiempo despues, porque como tú sabes, los momentos que se pasan en la felicidad son fugaces, me ví precisado á regresar á México. ¡Ah! esta despedida arrancó de nuestros ojos amargas lágrimas, y fué necesario que le asegurase volveria muy en breve á su lado; pero amigo mio, en medio de las distracciones que experimentaba en la corte del venturoso Anáhuac, bien pronto llegué á olvidar las mas sagradas promesas.

CARLOS.—Ah malvado!

EDUARDO.—En lo sucesivo mas tarde renovados tan tristes recuerdos por la imágen de mi amable Matilde que no dejaba un momento de perseguirme, mi cuidado espíritu se lanzaba como un rayo hácia aquellas pintorescas llanuras que fertiliza el delicioso Atoyac contemplando siempre á la gallarda Nereida, cuya ausencia suspiraba tanto.

CARLOS.—Cáspita! de cuándo acá te has vuelto tan romántico?....

EDUARDO.—Paulatinamente este pensamiento se gravó de tal

modo en mi alma, que logró ejercer sobre ella un imperio irresistible. Ya la residencia en México se me iba haciendo cada dia mas penosa, sí, lejos de alhagarme sus poderosos atractivos, buscaba solo la soledad y el retiro para soltar mas libremente las riendas á las penas que me devoraban; y hubiera salido antes de esa capital, si el cuidado de velar sobre mis intereses comprometidos en un proyecto de minas, no me habria servido como un fuerte obstáculo. Lució en fin la aurora feliz de un dia que nada se opuso á mi deseada partida, tuve riquezas cuando indeciso y trémulo me atreví á dirigir la carta que indudablemente habrás leído.

CARLOS.—Y por cierto que me ha costado mas saliva que si leyese las obras del Tostado.

EDUARDO.—Juzga cuál habrá sido mi alegría al saber que Matildita podia disponer de su mano, y de la emocion que dentro de poco me causará su presencia.

CARLOS.—Es probable que así sea, y estoy seguro que para ella será otro tanto. Por lo que hace á su tia puedes estar cierto de que cooperará por su parte al cumplimiento de tus designios. (*aparte*) (Los noventa mil pesos.) Perdóname un momento, con tu permiso voy á apresurar su venida. (*sale por el fondo.*)

ESCENA V.

EDUARDO SOLO.

¡Oh! yo estoy fuera de mí, no sé lo que en mi interior sucede, quizas la sorpresa que me prepara la vista de la muger que mas adoro en el mundo, ah! qué metamórfosis habrá sufrido durante los tres años que he vivido ausente de ella! cómo habrán variado sus lindas facciones! las mias en algun tanto pueden hacerla titubear, á pesar de que nunca habré perdido los derechos que tuve sobre su corazon. Si

no me engaño, calla! aquí viene mas hermosa que nunca, aunque me parece mas alta, yo lo creo, en tres años.

ESCENA VI.

CARLOS, BRIGIDA, MATILDE Y EDUARDO.

EDUARDO.—[A Brígida] Disimule vd. señora, una visita tan intempestiva, sírvame de excusa la zozobra en que me hallaba por ver á la señorita Matilde.

BRIGIDA.—(Saludándolo afectuosamente) Señor.... (á Carlos) (No me has engañado, tiene un porte muy marcial.)

CARLOS.—Y noventa mil pesos....he?

BRIGIDA.—Jesus! qué pesado estás! (á Eduardo) Señor, esta casa es muy de vd. y le suplico nos trate sin cumplimientos. Tengo el honor de presentarle á mi sobrinita Matilde.

EDUARDO.—Muy luego he tenido el gusto de reconocerla. Sus facciones no me son desconocidas.

BRIGIDA.—Cómo! vd. la ha conocido?...

CARLOS.—(Aparte) Bravo! parece no sabe que decir.

EDUARDO.—Sí señora, según la pintura que de ella me ha hecho Carlos.

CARLOS.—(Aparte) Voto á chapiros! quiere resolver la oración por pasiva....

EDUARDO.—[A Matilde] Y puedo asegurar á vd. señorita que el pintor no ha sabido dar á su cuadro toda la gracia y el claro obscuro del original.

MATILDE.—De veras? ja, ja, ja, qué lisongero es vd.!

EDUARDO.—[A Brígida.] Qué tal? dice que el pintor ha estado muy lejos de describir ni el mas ligero bosquejo de lo que es el original.

BRIGIDA.—Válganme los clavos de Cristo! Te he dicho y repito que no soy sorda.

EDUARDO.—[A Matilde] (en voz baja) Ah! vuelvo á encontrarla mas bella, mas hechicera que nunca.

MATILDE.—Cómo!

EDUARDO.—(Secretamente) Comprendo á vd. Nos observan, nó es verdad? Ah! buscad un pretexto para hablarla á solas, un minuto bastará para justificarme á sus ojos.

MATILDE.—Justificarse? y de qué?

BRIGIDA.—[A Carlos] (en voz baja) Te parece que aceptaría comer con nosotros este señor?

CARLOS.—Qué tontería! y por qué no? (aparte) así se estrecharian mas nuestras relaciones.

BRIGIDA.—[A Eduardo] Me tomo la confianza de rogar á vd. se quede á comer con nosotros hoy, hará vd. penitencia, pero....

EDUARDO.—No tal señorita. Ya debe haber dicho á vd. Carlos que soy enemigo de cumplimientos, me gusta solo el pan pan y el vino vino.

BRIGIDA.—Estoy con vd. en el momento voy á preparar....
(salida falsa)

CARLOS.—[A Matilde] Anda! buena alhaja! con que me has ocultado....

MATILDE.—Qué?

CARLOS.—Lo que ya se sabe, no quiero regalarte el oído.

BRIGIDA.—Matildita! Matildita!

MATILDE.—Voy tia mia, voy, (á Carlos) luego me dirá vd. lo que significa....

CARLOS.—(Misteriosamente.) No tengo ganas de dar satisfacción á una muger que obra con segunda en las cosas mas sencillas.

BRIGIDA.—(Como indignada.) Matilde! Sus!

MATILDE.—Ah! no habia oído á vd.

(Carlos figura conversando con Eduardo.)

BRIGIDA.—[A Matilde] Y qué se dispone para la comida?

MATILDE.—Yo, qué quiere vd? No sé lo que vd. habrá pensado.

BRIGIDA.—No hay tantito mole?

MATILDE.—Ya, pero esto solo.

BRIGIDA.—Se harán unos tamales, chiles rellenos y algunos fri..... con su competente pulque.

MATILDE.—Y si ellos no son del gusto del señor Eduardo?

BRIGIDA.—No dices mal, será bueno informarnos antes de Carlos. Carlos! Carlos!....hum.

(Matilde en este momento finge tener una fuerte tos)

hum! hum! *(Carlos se acerca.)*

BRIGIDA.—[A Carlos] He dispuesto unos tamalitos y no sè....

EDUARDO.—*(Aparte)* Qué podrán decirse con tanto secreto.

CARLOS.—Está bien. Ah! los tamales me gustan mucho, me muero por ellos, y luego que voy sintiendo un vacío, aquí en la region abdominal.

MATILDE.—Se trata de saber si le gustan á su amigo Eduardo. A vd. sabemos ya....

CARLOS.—Que me muero por ellos; no obstante, veré si Eduardo es del mismo gusto. Eduardo, Eduardo, *(se hace señas de que se acerque)* hum!

EDUARDO.—*(Aparte)* Parece que me quieren hacer del complót.

CARLOS.—Se trata de averiguar si te gustan los tamales.

EDUARDO.—Ah! mucho, mucho, siempre que no falte algun licor.

CARLOS.—Con razon.

MATILDE.—[A Brigida] Dice que mucho.

BRIGIDA.—Mucho! qué guapo es! sobre todo, noventa mil pesos.

ESCENA VII.

EDUARDO, CARLOS, MATILDE.

EDUARDO.—[A Carlos] Vete, vete.

CARLOS.—Hein?

EDUARDO.—Que te vayas con mil diablos.

CARLOS.—*(Sonriéndose)* Sí, sí, te endiendo. *(Hace como que se acerca á la puerta.)*

MATILDE.—Qué! parece que Carlos tiene intenciones de dejarme sola con Eduardo. Carlos, Carlos.

CARLOS.—Hein?

MATILDE.—Qué significa eso, Carlos? no hay una hora que el señor ha llegado y yá quiere vd. dejarlo solo; vamos venga acá y aprenda á tener modales.

EDUARDO.—*(ha tomado la labor de Matilde)* Este bordado está muy precioso señorita. *(á Carlos)* Fragua una excusa pronto.

MATILDE.—Es obra de una hermanita mia, señor, á quien amo tanto, que vd. no puede figurarse. Como en nuestra niñez nos hemos criado juntas al lado de mi tia Brigida, hasta que el hado adverso nos separó; para hacer mas llevadera nuestra sensible ausencia, ella me remite sus labores principiadas y yo en reciprocidad las mias, de este modo alimentamos un cariño que ciertamente el tiempo hubiera hecho terminar.

EDUARDO.—Ese platonicismo es propio de almas en donde solo alberga la virtud.

MATILDE.—Ah! si vd. la conociera, es tan buena, tan virtuosa, nos queremos.....

CARLOS.—No como hermanas de las del día, egoistas y falsas.

MATILDE.—Oh! sí, me consta, aun conservo en mi cofre preciosos gajes y recuerdos suyos, de los que no me desprenderé sino con la muerte. Tengo recibidas tantas pruebas de su amor.

CARLOS.—Vamos, vamos, no hablemos de eso, no ha hecho mas que su deber.

MATILDE.—Su deber! Dios mio! No podré nunca borrar de mi memoria que durante una aguda enfermedad que esperimenté á su lado, mi pobre hermana vió correr quince dias en un continuo insomnio, prodigándome las caricias de la madre mas tierna, y sin dar á conocer la menor señal de aburrimiento; por

el contrario, no pudo lograrse que se separase de mi lado hasta que el médico la aseguró me hallaba ya fuera de peligro. Ah! vea vd. á lo que Carlos llama hacer su deber.

CARLOS.—Si al hacer vd. el elogio de mi esposa, no hubiera omitido el suyo por modestia tal vez, el amigo Eduardo se convencería de que tiene su hermana motivos para haber obrado así.

MATILDE.—Carlos?

CARLOS.—No, no me hará vd. callar, quiero orientar á Eduardo de todo lo que vd. ha hecho por su hermana, por mi esposa. Mientras estuvieron en medio de la horfandad hasta que lograron el amparo de su tía Brigida, ¿poseyeron vds. alguna cosa de que no disfrutaran las dos? sus gustos, sus caprichos, todo no era igual entre vds? Ah! solo una amiga de sus sentimientos podía ocultar todas estas cosas, dame un abrazo. *(Corre á abrazarle.)*

EDUARDO.—*(Deteniéndolo) (aparte)* Vamos! solo eso me faltaba...vete enhoramala.

CARLOS.—Déjame que busque una excusa prudente.

EDUARDO.—*[A Matilde]* Veo Matildita que en Carlos tiene vd. un amigo de los mas sinceros.

MATILDE.—Sí señor, es tan buen amigo como apreciable marido.

CARLOS.—*(Sacando su reloj)* Y si no, á la prueba me remito, como el correo no debe haberse marchado aun, voy á escribir á mi esposa cuatro líneas. *(á Eduardo)* Hein?

EDUARDO.—Bravo! ni un estudiante sopista lo hubiera hecho mejor que tú.

CARLOS.—Que quieres, para estas cosas solo á los mexicanos es dado el ingenio.

MATILDE.—Me temo que á estas horas no haya salido ya el correo.

CARLOS.—No, no, es bastante temprano, y luego con el caballo en dos minutos me pongo allá. Adios, nos vemos señor Eduardo, (qué sensible te habrá sido este pretesto!)

EDUARDO.—Sí, por su inoportunidad.

ESCENA VIII.

EDUARDO, MATILDE.

EDUARDO.—*(Con intrepidez.)* Al fin me es permitido hablarla, libre de testigos.

MATILDE.—*(Sorprendida)* Por qué sin testigos?

EDUARDO.—Y vd. me lo pregunta querida Matilde?

MATILDE.—Querida Matilde?... Estoy como quien ve visiones.

EDUARDO.—Si, soy demasiado culpable sin duda, lo conozco, esta indiferente acogida es bien digna de un perjuro, pero le suplico deponga esa mirada fria y severa, olvidando todo lo pasado y que solo piense en el arrepentimiento que me vuelve á sus brazos.

MATILDE.—*(Con frialdad)* Con quién habla vd. señor? Yo no me acuerdo tener ningun amante, tal vez será otra Matilde.

EDUARDO.—Otra Matilde! maldicion! puedo jurar á vd. por lo mas sagrado, que durante esos tres años de ausencia en que he apurado todas las heces del caliz del dolor, mi corazon solo ha palpitado por la que tan deveras supo amar.

MATILDE.—Cómo! vd. me ha amado tres años?

EDUARDO.—Y podrá dudarlo?

MATILDE.—No señor...es que hasta ahora no lo sé.

EDUARDO.—Ah! dejad, dejad, por Dios, por su vida, esa ironia cruel, conjurada, si supierais? creedme, me matais.

MATILDE.—Pobrecito! *(aparte)* que lindo Trovador!

EDUARDO.—Es vd. demasiado ingrata, nunca creí que mi recuerdo tuviera una existencia tan efímera en su memoria, hay como vd. sabe, ciertas conversaciones que una jóven no olvida tan fácilmente.

MATILDE.—Es verdad! pero si no tengo la mas remota idea...

EDUARDO.—Ignoro cómo ha podido vd. olvidarse tan pronto de todo lo pasado, al menos que las aguas que bebe no tengan alguna comunicacion con las del Leteo.

MATILDE.—No señor, puedo asegurar á vd. que nuestro algibe no tiene comunicacion alguna con rios mitológicos.

EDUARDO.—Luego cómo ha podido vd. olvidar que hay tres años en Puebla.

MATILDE.—Y bien?...

EDUARDO.—En casa de la señora Fermina.

MATILDE.—Y despues?

EDUARDO.—Despues? Ah! (*con fuego*) Allí es querida Matilde donde quiero decir nos vimos por la primera vez.

MATILDE.—Es posible señor? La señora Fermina es una amiga de mamá á quien nunca dejamos de ver y visitar cuando vamos á Puebla, puedo yo acaso haberlo encontrado en casa de esa señora?

EDUARDO.—Qué, mis facciones no le recuerdan nada! querida Matilde!

MATILDE.—(*Con frialdad*) Nada, absolutamente nada.

EDUARDO.—Míreme vd. bien.

MATILDE.—(*Con mucha indiferencia.*) Nada, nada.

EDUARDO.—Voto á bríos! (es muy singular esto) Pero no, me falta traer á su memoria algunos recuerdos que acaso puedan desengañarme... Señorita, no tiene vd. presente aquel magnífico templo que está muy cerca de la casa de la señora Fermina? (*aparte*) el lugar de nuestras entrevistas.

MATILDE.—Sí señor, La Santísima.

EDUARDO.—Y no fué vd. nunca despues de la aurora, so-

bre todo los dias de fiesta á elevar allí sus preces al Altísimo?

MATILDE.—Sí señor, mas de una vez, y despues...

EDUARDO.—Despues, despues.... (Ah! tal vez pueda descubrir) Me dirá vd. qué se ha hecho aquella pobre anciana?

MATILDE.—Que pedia limosna en la entrada de la puerta unas veces, y otras en el zaguan?

EDUARDO.—Sí señora (*aparte*) (la misma, que era la portadora de nuestra correspondencia) Ah! estoy seguro no podria verla sin emocion.

MATILDE.—Ya no la volverá vd. á ver mas, la infeliz murió de una pesadumbre, de resultas de un mal parto...

EDUARDO.—Cómo!

MATILDE.—Sí señor, de un mal parto que tuvo su hija, la pesadumbre de habersele desgraciado el primer nieto.

EDUARDO.—Acabó con ella?...Pobre Gertrudis, la queria yo tanto!

MATILDE.—Con razon, era tan buena! Dios la tenga en su gloria.

EDUARDO.—(*Aparte*) (Vamos, no me queda la menor duda de que es ella, de todo se acuerda.) Y cómo es, señorita, que habiendo olvidado mi nombre, mis facciones, en fin, todo, no obstante otras veces?...

MATILDE.—Veo caballero que no hay medio de poder desengañar á vd. del error en que vive, y puesto que insiste tanto, permitidme que me retire.

EDUARDO.—Ah! perdon, querida Matilde, una palabra, la última si quereis y despues le prometo partir para siempre. Oh! nunca creí que la que con tanta ternura me amaba otras veces, hubiera podido experimentar en tan corto tiempo una mutacion tan extraña. Yo que como otro Macias venia lleno de gozo y esperanza á respirar el dulce aliento de mi amada Elvira.

MATILDE.—Ea, señor! basta ya de elegias. Su obstinacion se escede de la raya.

EDUARDO.—Está bien! querida Matilde! le prometo no insistir mas: sin duda luego sabré el motivo de semejante recibimiento. Me voy, sí, y puesto que todo lo ha olvidado vd. y ha lanzado de su corazon todos mis recuerdos, tomad, tomad esas cartas veleidosas, escritas con tanto estudio y sagacidad.

MATILDE.—Qué significa?

EDUARDO.—Tomad, tomad.

MATILDE.—(Trémula) Pero señor?...

EDUARDO.—Adios, adios.

ESCENA IX.

MATILDE SOLA.

Se ha ido.... Qué lenguaje! y no obstante un colorido de verdad.... Y estas cartas por qué razon me las entrega? (mira las cartas) Cielos!.... oh! no.... la letra de mi hermana.... si, si, me es bastante conocida.... Ah! todo, todo lo adivino ahora, sus dulces palabras, sus miradas, sus alusiones de las que yo me he burlado tanto, creyéndolo un imbécil, un mentecato.... una fatal semejanza....! Y Carlos su esposo, si llegase á saber.... infeliz de mi hermana! oh! no, nunca, nunca. Este Eduardo es un hombre de honor, corro á decirselo todo.

(Sale por la izquierda.)



ACTO 2.

La misma decoracion.

ESCENA I.

EDUARDO Y CARLOS.

CARLOS.—(Conduciendo del brazo á Eduardo) Cómo, partir para México? estas loco, y la comida, y tu futura?

EDUARDO.—No, Carlos, déjame, es preciso que renuncie para siempre de estos sitios, cuyo recuerdo acibarará en lo sucesivo mis mas completos gustos.

CARLOS.—Es cosa singular! vengo de llevar al correo la carta para mi esposa y te encuentro así, así, taciturno, lloroso: despues con doliente acento me dices, adios! adios! Te ofrezco el brazo y te niegas á recibirlo. Me dirás con mil diablos lo que tienes?....

EDUARDO.—Te he dicho que es preciso que parta, no me preguntes mas.

CARLOS.—Ya...pero....y la boda?

EDUARDO.—Queda disuelta.

CARLOS.—Disuelta, y por qué?

EDUARDO.—Te he dicho que no me preguntes mas.

CARLOS.—Luego no estás enamorado como decias de mi hermana Matilde?

EDUARDO.—Mas que nunca.

CARLOS.—Entonces?...

EDUARDO.—Es preciso que parta. *(falsa salida)*

CARLOS.—Un instante....no partirás á menos que no sepa yo....

EDUARDO.—Escucha: sería una injusticia que no te hiciera partícipe de mis penas; pero te prevengo una cosa y es, que del secreto que voy á revelarte pende el honor y reputacion de una muger.

CARLOS.—Hola!

EDUARDO.—Me parece haberte hablado esta mañana de Matilde; de nuestras relaciones en Puebla? pues aun no te lo he dicho todo.

CARLOS.—Luego falta algo, bah!

EDUARDO.—Sí, mi venida aquí tenia por objeto una reparacion.

CARLOS.—*(Aparte)* No dice mal, una reparacion....andamos tan escasos de medios, con la amortizacion del cobre que esta boda....

EDUARDO.—Y crearás, querido Carlos, que lejos de haberme recibido con un semblante risueño, su fingimiento lo ha llevado hasta el extremo de burlarse de mi credulidad, parodiando mis tiernas palabras y....

CARLOS.—Vamos! está claro! ha querido burlarse de tí, ja, ja, ja.

EDUARDO.—Y tú igualmente quieres hacerlo ahora....sin conocer que....

CARLOS.—No me he de reir, si ese suceso es muy cómico, muy singular, hacerle á uno desconfiar de su realidad con tanta maestria, ja, ja, ja.

EDUARDO.—Pero lo que mas me admira es que habiéndole declarado que iba á ausentarme de su lado para siempre, se haya manifestado incesorable, viéndome marchar con rostro sereno.

CARLOS.—Ja, ja, ja.

EDUARDO.—Vamos, estás insoportable.

CARLOS.—Qué! te prometo que con una sola palabra voy á arreglar todo este asunto, ja, ja, ja.

EDUARDO.—Negaba con unas apariencias de verdad, que estoy seguro no he podido engañarme.

CARLOS.—Admirable! escelente!

EDUARDO.—Tal vez una fatál semejanza.

CARLOS.—Hein?

EDUARDO.—Sí, acaso una funesta ilusion.

CARLOS.—Si, pero....

EDUARDO.—Qué! parece que te inquietas?

CARLOS.—No, no es nada, *(aparte)* Cómo una semejanza! no, mi esposa se llama Luisa, aunque en la Puebla todos la conocen por Matilde á causa de esa misma identidad.

EDUARDO.—Si supieras lo que me mortificas, acabarás de decirme.

CARLOS.—No, no sabrás nada....

EDUARDO.—Y por qué?

CARLOS.—No puedes adivinar....

EDUARDO.—Qué cosa?

CARLOS.—Que antes de.....

EDUARDO.—De qué?

CARLOS.—Ah! nada.

EDUARDO.—*(Con imperio)* Vamos, ya esto se escede de la raya! Qué significa nada, nada? qué comedia estamos representando nosotros? euando debias consolarme, te pones á reir en mis bigotes, luego sin saber el motivo, suspiras, gimes. En verdad que harias perder la paciencia al mismo Job.

CARLOS.—*(Paseándose sin direccion fija)* Eal! eal! valor, aprende á tener calma, flemma, no me ves que tranquilo estoy?

EDUARDO.—Sí, sí, hasta un ciego lo conoce.

CARLOS.—Pero dime, Eduardo, esa muger á quien tu amas y has hablado en Puebla ahora tres años, es acaso Matilde?

EDUARDO.—Pues quién quieres que sea?

CARLOS.—Ya, mas esa fatal semejanza....

EDUARDO.—Será posible? oh! no, es Matilde, á su lado he sentido mi seno palpar.

CARLOS.—No me incomodes mas con semejantes zonzeras.

Yo te digo que no es ella.

EDUARDO.—Quién puede ser entonces?

CARLOS.—(Dramáticamente) Quién?

EDUARDO.—Quién?

CARLOS.—Parece que te inquietas demasiado, no es verdad? te importa saber.... no, no lo sabrás.

EDUARDO.—Pero....

CARLOS.—De qué te serviría el saber?

EDUARDO.—Para ser su esposo....

CARLOS.—Hola! para ser su esposo?.... Tú no acabas de comprender....

EDUARDO.—Qué cosa?

CARLOS.—Qué esa muger es....

EDUARDO.—Quién?

CARLOS.—El diablo que te lleve.

EDUARDO.—Vamos! ciertamente te estás burlando de mí, y por S. Dimas que no sufriré nunca....

CARLOS.—Sosígate, tal vez será Matilde, aunque esta duda me es bastante penosa por la semejanza de esta señorita con mi esposa. Corro á informarme de la señora Brígida cuál de las dos estuvo en esa época en Puebla?

ESCENA II.

EDUARDO SOLO.

Ah! plegue al cielo que pronto salga de esta incertidumbre....Pero no, las sospechas de Carlos son bien fundadas, sí, la que me acaba de hablar con

esa indiferencia no puede ser la que yo amo, no obstante, sus facciones.... Siento pasos, los de la Sra. Brígida y Carlos, procuraré evitar su presencia.

(Sale por la puerta del fondo.)

ESCENA XII.

CARLOS, BRIGIDA.

BRIGIDA.—Vamos, Carlos, no seas fastidioso, ya te he dicho que los tamales están en el fuego.

CARLOS.—Bien! eso nada me importa. Ahora lo que deseo es hablarle de un asunto, para lo cual le suplico me preste atencion.

BRIGIDA.—Con tal que me dejes sentar un poco.

CARLOS.—No me ha parecido prudente hacerlo delante de la cocinera, ahora que estamos solos sírvase vd. oirme.

BRIGIDA.—Temo que los tamales....

CARLOS.—Ruego á vd. no piense por Dios en eso. Ha de creer que la felicidad de toda mi vida está pendiente de la pregunta que trato de hacerle.

BRIGIDA.—Me infundes un pavor!

CARLOS.—Cuál de sus dos sobrinas estuvo en Puebla tres meses, ahora tres años, Luisa ó Matilde? respondedme categóricamente.

BRIGIDA.—Y no es mas de esto todo lo que deseas saber? es bien fácil, cuál de las dos?

CARLOS.—Sí señora, cuál de las dos, tres años ha?

BRIGIDA.—Entiendo, pero no puedo caer.... tres años ha....

Dios mio!....Dios mio!....!

CARLOS.—Sí señora, tres años ha, en Puebla tres meses.... recordad, recordad.

BRIGIDA.—Válgame todo el apostolado! esta memoria mia.... ahora lo tenia en la punta de la lengua, y....tú tienes la culpa. Tres años ha!....

CARLOS.—Sí señora en Puebla, en casa de la señora Fermína en la calle de Cholula, repase vd. bien. ↵

BRIGIDA.—Cuál de mis sobrinas?

CARLOS.—*(Aparte)* Parece que ya se acuerda.

BRIGIDA.—Cuál de las dos? Ah! sí, sí, creo era Luisa.

CARLOS.—Mi esposa?

BRIGIDA.—Esperad, esperad, pues...en aquella época, sí, sí, era Matilde.

CARLOS.—Acabad, en qué quedamos? no puede vd. imaginarse que cruel me sería esta duda.

BRIGIDA.—No, no, ahora me acuerdo bien que es Luisa y no Matilde.

CARLOS.—*(Aparte)* Ay! estoy que me se puede ahogar con un cabello.

BRIGIDA.—Sí, me acuerdo, en ese tiempo puse yo en el cofre de Luisa un túnico de merino que le había hecho, el que despues....

CARLOS.—Qué sucedió?

BRIGIDA.—Lo recibí hecho pedazos.

CARLOS.—Qué cosa?

BRIGIDA.—El túnico de merino, hombre.

CARLOS.—Acabara vd.

BRIGIDA.—La pobre Matilde estaba inconsolable.

CARLOS.—Luisa, querrá V. decir?

BRIGIDA.—No, Matilde, es Matilde la del túnico en cuestion.

CARLOS.—Pero, no me ha dicho vd. que era Luisa?

BRIGIDA.—Es posible? Vamos! es que estoy tan trascordada?...pero es indiferente cualesquiera que sea.

CARLOS.—Cómo indiferente! importa mucho, muchísimo.

BRIGIDA.—Apuesto á que no adivinas lo que he hecho con el tal túnico; como estaba tan roto é inservible....

CARLOS.—Ni ganas de averiguarlo.

BRIGIDA.—Unos delantales, y por cierto que son muy preciosos.

CARLOS.—Ah! El diablo lleve á vd. con delantales, con túnico. Jesus! si lo que me interesa saber es....

BRIGIDA.—Cuál de las dos? eh?

CARLOS.—Si señora.

BRIGIDA.—Ya le he dicho todo lo que sabia sobre el particular. En verdad que me has puesto en cuidado con tu curiosidad: me esplicarás qué enigma encierra?....

CARLOS.—Nada de eso es necesario....

BRIGIDA.—Cómo insolente! he de saberlo. Oh! vive Dios!

CARLOS.—Supuesto que vd. se empeña tanto, y que Luisa ó Matilde una de las dos han estado en Puebla, le advierto que si desgraciadamente ha sido Luisa, ya puede vd. hacerse cargo....

BRIGIDA.—Qué énfasis será este?

CARLOS.—Juzgad si tengo motivos para averiguar la verdad....

BRIGIDA.—Es cosa singular...aun no se cómo....

CARLOS.—Ah! ya no sufro mas. Sepa vd. que lo que trato de decir es, que si estuviera en mi mano hoy mismo dejaria de ser su marido. Entiende vd. ahora?

BRIGIDA.—Qué modo de espresarse es este! delante de mí... Ah! eres un ingrato, un péfido que no conoce la muger que tiene.

CARLOS.—Ah!

BRIGIDA.—Bien dice aquel antiguo proverbio español: no se ha hecho la miel...

CARLOS.—Entiendo para la boca del asno. Oh! y que sufra yo tantas invectivas y denuestos.

BRIGIDA.—Hablar así de una santa, que vale dos mil veces mas que tú, que no vales un pito.

CARLOS.—Dice vd. bien, es mucha verdad.

ESCENA IV.

CARLOS, MATILDE, BRIGIDA.

MATILDE.—*(Entrando)* Cómo! cómo! qué significa esta pendencia! Estoy segura que Carlos será el motor de ella.

CARLOS.—*(aparte)* Ay! todas las misas van hoy á parar al altar mayor.

BRIGIDA.—Si, tienes razon Matilde, el es el faraute de todo: ha tenido valor para vilipendiar delante de mi á tu hermana Luisa, diciendo: que desde hoy, si pudiera, romperia unos lazos que ódia.

MATILDE.—*(Aparte)* Oh! Dios mio! cómo salvar á mi pobre hermana. Carlos, tú que eres tan sensato, y juicioso cuando quieres....

CARLOS.—Ah! no puede uno ser sensato cuando tiene una muger que ha estado en Puebla.

MATILDE.—*(Aparte)* (Todo lo sabe) Y bien ¿qué le ha sucedido? Yo tambien he estado en Puebla y ya me ves....

CARLOS.—Y ya la veo....

MATILDE.—Ea! ea! pelillos á la mar! venga esa mano, y hará vd. las paces....

CARLOS.—No, déjeme vd., con mi tia Brígida nunca...yo lo que quiero saber es, cuál de las dos?....

BRIGIDA.—Qué tabardillo!

CARLOS.—Si, voto á brios! no pararé hasta que sepa....

BRIGIDA.—Dime, qué capricho es ese! Me dirás, á qué es tanto ir y venir á una misma cosa?....

MATILDE.—*(Aparte)* Ah! yo lo sé! esas cartas me han informado de todo; pero á él, quien ha podido decirle....

CARLOS.—Todos mis esfuerzos por saber la verdad se me inutilizan: veamos si es que acaso mi cuñada Matilde. Dígame vd. querida Matilde, cuál de las dos?

MATILDE.—Aun persiste!....

CARLOS.—Ha estado en Puebla tres años ha?

MATILDE.—Yo todos los años voy allá.

CARLOS.—Con un túnico de merino....

MATILDE.—No sé si precisamente....

CARLOS.—No hay duda, todos han perdido la cabeza en esta santa casa, solo yo desgraciadamente....

MATILDE.—*(Aparte)* Qué haré para calmar sus sospechas.

CARLOS.—En efecto vd. no puede ser, porque hubiera conocido desde luego á Eduardo.

MATILDE.—Calla! chit!

CARLOS.—Hein? qué?

MATILDE.—Le ruego que calle.

CARLOS.—Bien, bien, se lo prometo; pero....

MATILDE.—Ahora que estás en el complót, cuidado, discrecion.

CARLOS.—*(Aparte)* Nada entiendo, pero soy del complót.

ESCENA V.

CARLOS, MATILDE, BRIGIDA, EDUARDO.

EDUARDO.—Perdonadme si he podido interrumpir....aquí toda la familia?....

BRIGIDA.—Qué disparate señor? vd. está en su casa....

CARLOS.—*(Aparte)* Cómo saldria yo de la cruel incertidumbre....

EDUARDO.—Y ya sabes?

CARLOS.—Nada! chiton!

MATILDE.—*(Aparte)* (Será preciso orientar á Eduardo de todo). Desearia señor Eduardo hablarle un momento en particular si vd. me lo permite.

EDUARDO.—A mí señorita? *(á Carlos)* Es preciso que te alejes por un momento: Matilde quiere hablarme á solas, reservadamente.

CARLOS.—Me alegro, esta entrevista podrá acaso servirme de mucho.

EDUARDO.—Procura irte pronto y eludir la presencia de la señora Brígida.

CARLOS.—*(Aparte)* Está bien. Ah! Dios mio! sugeridme un medio para oír sin ser visto, *(mirando una cortina)* Oh! feliz encuentro! pero y la comida?.... siento ya una debilidad....Calla! huelo á quemado, si serán los tamales....*(La señora Brígida corriendo hácia*

la puerta de la derecha.) Ah! Virgen santa! mis tamales, mis tamales... que se queman....

(Sale por la derecha.)

CARLOS.—(Siguiéndola) Los tamales, los tamales de la señora Brígida.

(Falsa salida.)

(Se oculta detrás de la cortina.)

Quiera Dios que no salga tan mal enterado esta vez como las otras.

ALERE FLAMMAM ESCENA VI.

MATILDE, EDUARDO, CARLOS (detrás de la cortina.)

EDUARDO.—Ha solicitado vd. esta conferencia, é ignoro....

CARLOS.—(Suspirando) Ay!

EDUARDO.—Veo que tiembla vd. señorita, tranquilícese, no crea que he venido aquí para implorarla un amor que ha dejado de ser recíproco, solo trato de merecer su indulgencia. Esta mañana sin duda mi lenguaje acaso demasiado franco debió haberla disgustado; pero confieso á vd. que he sido el juguete de una fatal ilusión. La jóven á quien amo, verdaderamente, no es vd.

MATILDE.—He pretendido esta entrevista para hacerle saber la verdad.

CARLOS.—Ah! ya se me hace tarde.

EDUARDO.—Habládme con franqueza, señorita, estoy dispuesto á escucharla; parte del secreto que va vd. á revelarme no ignoro, pero le suplico desvanezca mi última esperanza haciéndome depositario del todo. Nombradme esa sirena, esa muger que ya no tiene para mí otro mérito que el de su semejanza. Indicadme su morada y cualquiera que haya sido la impresión que vd. ha producido sobre mi corazón, le prometo sabré cumplir mi deber.

CARLOS.—Bravo!

MATILDE.—Ah! es vd. demasiado culpable, ha cometido un delito imperdonable.

EDUARDO.—Qué dice vd?

MATILDE.—Tres años de ausencia, de un total abandono, sabe vd. á lo que se ha espuesto?

CARLOS.—No hay duda! es mi esposa....

EDUARDO.—Acabad.

MATILDE.—Bien! sepa vd. que la que vivió en Puebla ha tres años, es.....

CARLOS.—Ya lo sé por elipsis.

EDUARDO.—Quién?

MATILDE.—(Mirando á Carlos detrás de la cortina) [aparte] Carlos nos escucha. Dios mio!

EDUARDO.—Es.....

MATILDE.—Es Matilde.

EDUARDO.—Vd?

CARLOS.—Voto á barrabás! cuando me lisonjeaba haber despejado la amarga incógnita.

EDUARDO.—Es posible? vd. sueña! Oh! no, cualquiera que sea vd. no me engañe...Matilde vd? Ah! no, esta mañana aquella frialdad, aquella indiferencia....

MATILDE.—Ahora no me cree.....

EDUARDO.—Matilde no hubiera sido capaz de semejante desdén.

MATILDE.—(Aparte) Aprovechémonos de las cartas que he leído para convencerlo.

EDUARDO.—Matilde era tan buena..... me amaba tanto, tanto.... que yo hubiera dado voluntariamente mi vida por ella.

MATILDE.—Como en efecto, cuántas veces no se ha lanzado vd. en los mayores peligros tan solo por bagatelas, una palabra, una mirada sospechosa, todo por ella?.... Oh! eras muy aturdido, muy temerario, aun me acuerdo una vez en el paseo viejo de S. Francisco, cuando supiste que un cierto jóven me cortejaba y se había espontaneado, al punto fuiste impávido á exigirle satisfaccion, y á pesar de mis súplicas, de

mis lágrimas, tuvo efecto un duelo, en el que tú saliste herido del brazo derecho.

EDUARDO.—Es verdad.

MATILDE.—Oh! puedo asegurarte que tu memoria ha vivido y vivirá eternamente en mi corazón; perdóname; en este momento he podido ocultarte mi amor, te amo con delirio, sí, lejos de haberme entiviado tu larga ausencia, esta me ha encarecido más tu unión. Tú, ya sabes, mientras más amargos han sido los infortunios que el infelice nauta experimenta en el oceano, tanto más es su júbilo á la vista del puerto deseado. Oh! aunque tu separación ha sido para mí una serie continua de tormentos y penas, no obstante, desde hoy podré contar la era feliz que me anuncia su anhelado término, no es verdad querido Juliani?

EDUARDO.—Querido Juliani? Oh! ella es! ella es! perdon, querida Matilde, esa última palabra me ha dado la vida.

MATILDE.—Por piedad... si nos oyesen.

EDUARDO.—Nada puede importarnos, los verdaderos amantes nunca han conocido los temores, un amor virtuoso inspira respeto hasta á las fieras.

CARLOS.—Nunca he presenciado una escena más patética... siento humedecerse mis ojos.

MATILDE.—Está bien... pero es preciso que te alejes, mi tía Brigida no tardará en venir, y si nos encuentra solos....

EDUARDO.—Estoy seguro no culpará los poderosos motivos...

MATILDE.—Masque, luego tenemos tiempo para hablarnos en el jardín.

EDUARDO.—Está bien, yo en tanto iré á tratar con la señora Brigida el cumplimiento de nuestra eterna unión.

MATILDE.—(Aparte) No es tiempo de desengañarlo, Carlos nos oye.

EDUARDO.—Qué dices? Matilde mía!

MATILDE.—Cállate, siento pasos, sin duda los de mi tía.

CARLOS.—Desearia salir fuera... pero no... tendrían que reír mucho de mi sandez.

ESCENA VII.

EDUARDO, MATILDE, BRIGIDA, CARLOS (detrás de la cortina.)

BRIGIDA.—Vamos á la mesa señores, la comida se enfria, dónde está Carlos?

EDUARDO.—Sin duda en el jardín, nos deja en el instante mismo.

CARLOS.—(Aparte) Embustero.

BRIGIDA.—Bien! bien! para él será el daño... yo no espero.

CARLOS.—Bravo! tendrían la inconsideración de sentarse en la mesa, sin esperarme.

ESCENA VIII.

EDUARDO, MATILDE, BRIGIDA, MANUEL, CARLOS (detrás de la cortina.)

MANUEL.—Una carta de Puebla para el señor D. Carlos.

CARLOS.—(Aparte) De mi esposa, dame.

TODOS.—Carlos?

CARLOS.—No hay duda, me han visto salir.

BRIGIDA.—Qué hacías ahí?

CARLOS.—Nada... esperaba la comida....

EDUARDO.—Con que nos escuchabas?

MANUEL.—(Aparte) Hace lo mismo que yo cuando barro.

(Sale.)

CARLOS.—Convengo en que he hecho mal, pero una duda es muy cruel: (á Brigida) decidme ahora si el único de merino pertenecía á Matilde?

BRIGIDA.—Malo! malo! cuántas veces quieres que te lo diga?

MATILDE.—Y ahora siente vd. ser esposo de la amable Luisa?

CARLOS.—No, Matilde, hay momentos en que la reflexión huye de nosotros y.... *(revisa la carta)* soy un miserable! Toma Eduardo, mira lo que me escribe.

MATILDE.—*(Con viveza)* No, es inútil, nunca.

CARLOS.—Quiero que sepas.

MATILDE.—No, nada, me opondré á ello. *(En este momento Carlos entrega las cartas á Eduardo.) (Aparte)* Soy perdida!

EDUARDO.—Cómo? es esta la letra de tu esposa?

CARLOS.—Sí, bella mano, no es verdad?

EDUARDO.—[A Matilde] Pérfida: con que así me [has engañado? y tú no sabes de lo que es capaz un hombre que ama con vehemencia, cuando se vé burlado tan vilmente.... Tú no conoces lo que puede una ilusión? lo sabrás todo.

MATILDE.—Era preciso poner á cubierto el honor de mi hermana: Carlos nos escuchaba....

EDUARDO.—*(Aparentando serenidad)* Permitidme, señora Brígida, que me retire para despojarme de este frac: hace un calor....

BRIGIDA.—Bien, con tal que no falte vd. á la comida.

CARLOS.—Mira que los tamales no piden mucha dilacion.

EDUARDO.—No, vuelvo en el momento, hasta despues, *(aparte)* sí hasta la eternidad. *(sale.)*

BRIGIDA.—Qué guapo es este Eduardo! tiene un yo no sé qué, que me encanta.

CARLOS.—Ya lo creo, noventa mil pesos, le parece á vd. poco? Como que me atrevo á asegurar que ya vd. habrá tirado sus cuentas, porque la boda se presenta con visos de formalidad.

BRIGIDA.—Espero que hoy quedará arreglada.

CARLOS.—Sí, mientras mas pronto mejor, con eso remediamos los fuertes atrasos que hemos experimentado este año en nuestra cosecha de maiz.

MATILDE.—*(Aparte)* La tardanza de Eduardo me estremece,

un horroroso presentimiento embarga mis fuerzas, sus últimas palabras, sus miradas de un frenético.... ha! *(se oye un pistoletazo)* él ha muerto....infeliz. *(Cae desmayada.)*

TODOS.—Cielos!!!

ESCEÑA IX.

CARLOS, BRIGIDA, MANUEL, MATILDE *(desmayada.)*

Varios criados y jornaleros gritando:

Socorro! socorro! socorro!

BRIGIDA.—Qué ha sucedido, decid, decid!

TODOS.—El señor Eduardo ha muerto.

BRIGIDA.—Ha muerto!! *(cae desmayada.)*

CARLOS.—Ay Dios! ¡LO QUE PUEDE UNA ILUSION!!

FINIS.





UAN

DAD AUTÓNOMA DE NUEVO
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTECA